

EL PUENTE POSIBLE

Por Antonio VILLANUEVA

VIVED MAIRAL, Jesús, *Ramón J. Sender. Biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002, 709 pp.

Sí, este libro merecía un comentario.

El autor ha elegido un título sencillo, *Ramón J. Sender. Biografía*, porque, a veces, cuando habla la contundencia de los hechos, no hace falta rebuscar las palabras. Y este libro es un hecho. Una biografía. La biografía. La Mairalada. La obra que justifica una devoción de treinta años largos por el autor de Chalamera y que completa las brillantes aportaciones de Vived al estudio de Sender: su antología del primer Sender, su tesis de licenciatura *Sender y Huesca* escrita en el lejano 1971, su edición de *La llave*, sus múltiples artículos senderianos... Vived ha buscado en lo local y ha encontrado lo que hay en Sender de universal. El propio escritor oscense quedó impresionado con el Vived inteligente y lúcido que conoció y a él le dedicó su obra más universalmente conocida, *Réquiem por un campesino español*, aunque don Jesús, humilde, dice que fue más gracia del creador que mérito propio. Lo cierto es que ahora devuelve a su amigo el cumplido, con esta abigarrada biografía.

Antonio Gracia ha calificado a Vived de “clérigo ilustrado” y Antón Castro se ha referido al libro como a una auténtica “enciclopedia Sender”. Y es que en el volumen está entero don Ramón, desde la cuna hasta el cósmico descanso, esparcidas sus cenizas por el Océano Pacífico, conforme a su postrer deseo. Setecientas páginas largas de devota vivencia senderiana, con una única escasez: la falta de una mejor y más abundante documentación gráfica que, a buen seguro, el autor ha manejado, pero que, si no se ha incluido en la edición final, ha tenido que deberse a razones de tipo económico del editor. Bastante aventura es ya publicar un grueso volumen sobre un autor eminente sin duda, pero muy frecuentemente ninguneado –aún hoy-- desde la crítica oficial.

La única anécdota que no he visto recogida en el libro de Vived, y que no me resisto a contar, por jugosa, me la refirió Joaquín Monrás Sender, sobrino del escritor. Según él, cada vez que Ramón José publicaba un libro le enviaba a su progenitor un ejemplar firmado, con la siguiente dedicatoria: “A mi padre, para que no lo lea”. Don José Sender Chavanel, que había obstaculizado la vocación literaria de su hijo, debía rabiarse con cada entrega. Las relaciones paterno-filiales nunca fueron demasiado buenas y anticiparon los conflictos que, años más tarde, Ramón Sender tuvo con otras personas, incluidos sus propios hijos. La sociabilidad nunca fue el fuerte del narrador.

Vived ha escrito una biografía, no una hagiografía. Aunque tampoco es este un libro polémico. Es más bien un compendio de todo lo publicado hasta la fecha, aumentado con la investigación personal del biógrafo que, con paciencia de hombre de iglesia, ha recorrido archivos y bibliotecas y ha conversado con la legión interminable de amigos, compañeros y familiares de Sender, con todo aquél que pudiera aportarle

datos y vivencias. En su tarea investigadora ha contado con la ayuda inestimable del Centro de Estudios Senderianos, localizado en el Instituto de Estudios Altoaragoneses, en Huesca, que ha puesto a su disposición los exhaustivos fondos documentales de que dispone. Y es que a su coordinador, José Domingo Dueñas, uno de los senderianos más eminentes de los últimos tiempos, le gusta ayudar a cuantos investigadores se acercan a la sede oscense con el objetivo de difundir la vida y bibliografía de nuestro aragonés universal.

Jesús Vived ha presentado, con esta obra, su candidatura como sumo pontífice de los senderianos. Y de eso se trata, en definitiva, de **pontificar**, de tender puentes entre el pasado y el presente. El señor Mairal nos devuelve a Ramón Sender, regresado del olvido, aportando datos que nos faltaban y compendiando las aportaciones de otros ilustres senderianos. Por ejemplo, gracias a él, podemos saber los detalles de la agria polémica entre Sender y Cela, y las consecuencias que esta tuvo con posterioridad, porque la Academia Española no apoyó la candidatura de Ramón José para el premio Nobel, cuando el aragonés fue propuesto desde el Spanish Institute. La sombra del desquite celiano planeaba con ira y orgullo en todo aquello.

La biografía lleva un prólogo inteligente de Ángel Alcalá. Coincido con él, con Vived y con Rafael Conte, entre otros críticos, en la valoración de Sender como miembro del cuarteto máximo de nuestra novelística patria, al lado de Cervantes, Baroja y Galdós. Pero discrepo en un par de detalles: el primero, la afirmación de que el libro se lee como una novela. Me parece, más bien, que el periodista Vived ha escrito un magno reportaje, como él mismo le indicó a José Domínguez Lasierra. Reportaje extensísimo del que nos ha ido dando anticipos en la prensa, con anterioridad a la edición del volumen, en documentados artículos sobre aspectos concretos de la trayectoria biográfica senderiana. Digamos que el largo periodo de gestación de la obra ha hecho a Vived concebirla como un juego de abalorios, con pequeños capítulos cuasi independientes enhebrados en el hilo del transcurrir vital del escritor. Todo ello redactado en un estilo directo, comunicativo, sin ribetes literarios ni retórica vana, con documentación intensa y extensa.

El otro aspecto en el que no coincido con don Ángel es en su valoración de la exposición *Cartografía de una soledad*, en la que, según él, se ha excluido al Sender del exilio. Creo que el libro de Vived presenta bastante bien las dos etapas del autor del *Réquiem*, la militante y activa anterior al exilio, y la solitaria y reflexiva, obsesivamente centrada en la creación literaria, que le siguió. Hablar de soledad fecunda y creadora en el caso del Sender del destierro no me parece desacierto, a condición de que se tenga en cuenta que no es tanto un castigo impuesto cuanto una elección personal. Sender no fue una víctima, sino un hombre absolutamente fiel a sí mismo que vivió como él mismo había querido. Su apartamiento en el exilio fue una consecuencia de su consagración sacerdotal al oficio de escritor. Una forma también de exorcismo.

Vived ha escrito un libro imprescindible, documentadísimo, espeso. Parece ser que tomó en serio el encargo del exconsejero de Cultura del Gobierno de Aragón, señor Darío Vidal. Sin prisa y sin pausa, sin subvenciones ni concesiones fáciles a lo comercial, se decidió a rebuscar por todas partes y, tras varios años de promesa, cumplió al fin su palabra con esta magna obra que ahora comentamos. Los centros de documentación, las bibliotecas y los archivos no han sido ajenos a su deambular durante

los últimos años y ha rastreado como buen sabueso en periódicos, libros, revistas y folletos. Siempre a la busca de pistas que pudieran ayudarle en su investigación.

En el grueso volumen, encontrará el lector bien dibujados los perfiles del escritor: su carácter aparentemente hosco, pero tierno en el fondo; su nostalgia de exiliado en las tierras norteamericanas, en las que por cierto no le fue nada mal; su aragonesismo militante, encumbrando topónimos, voces dialectales y presencias (Goya, Servet, Gracián...) en todas sus novelas; los temores atómicos de los últimos años y su aprecio por la vida ecológica y el instinto animal; sus remordimientos de superviviente, nunca superados, por la muerte en la guerra civil de su hermano Manuel y, sobre todo, de su primera mujer, Amparo Barayón; su insobornable fidelidad a sí mismo, a pesar de los pesares...

Aquí aparece todo: la devoción por su madre, doña Andrea, y por el abuelo Luna; por la tía Ignacia, magnífica contadora de cuentos, y por los cuidados de la antigua niñera, Adela Valero, que después se hizo monja; los desencuentros con el rey Alfonso XIII, con el dictador Primo de Rivera (que lo encarceló), con Unamuno, con los anarquistas primero y los estalinistas después...; la vida en Chalamera y Alcolea, donde jugó y se peleó con otros niños; el traslado a Tauste, donde conoció a Valentina, su primer y máximo amor; sus problemas de estudiante revoltosillo y anarcoide; sus lecturas incesantes y la temprana pasión por la letra impresa; su admiración por Rosa Luxemburg, Simone Weil, Santa Teresa, William Faulkner, Camus, D. H. Lawrence, Eleanor Roosevelt, Picasso, Einstein, James Jeans y tantos otros hombres y mujeres; su animadversión por Hemingway, Proust, Sartre, Neruda o Alberti; su antifranquismo visceral...

Hay anécdotas jugosas, algunas ya conocidas, como el encuentro con el político catalanista Francisco Cambó, al que casi envenena por error siendo mancebo de botica; o el encuentro con Luis Buñuel en Madrid, cuando adolescente, escapado de casa, dormía en un banco del Retiro; su antiguo compañero de instituto, el calandino, le dio entonces dos duros para que fuera a desayunar; o el falso encuentro con Trostki en 1919, sobre el que escribió un artículo, encuentro que, años más tarde, en 1940, sería real, en Coyoacán, México, en la casa-fortín del revolucionario ruso. Fue como un desquite de la historia, que de apócrifa quiso ser certeza.

Otras anécdotas son menos conocidas, como el artículo de Rodrigo Soriano, fundador del periódico liberal *España Nueva*, en el que aparecía un loro gritando “¡Viva la República!”, una muestra de ingenio para burlar la censura, puesto que el plumífero personaje no estaba obligado a respetar las represivas leyes de la Dictadura primorriverista. O la obcecación de Sender, obsesionado con los comunistas, al confundir a la pacífica hispanista japonesa Michiko Nonoyama, que lo visitaba con asiduidad para documentar su tesis, con una enviada de Stalin con licencia para matar(le).

En algunos casos, aporta Vived datos hasta ahora desconocidos. Por ejemplo, gracias a él sabemos que la muchacha a la que va dirigida la *Carta de Moscú sobre el amor* existió realmente y fue una antigua novia de Ramón José. Y también la novela *El superviviente* se inspira en un caso real conocido por el autor. Sabemos también que se casó dos veces y dos veces se divorció de su tercera mujer, Florence Hall, su ángel guardián durante toda la vida. O tenemos noticia del apócrifo ingreso de Sender en la

RAE gracias a un discurso de entrada imaginado por Max Aub, que nombraba académicos a ilustres personalidades del exilio, como él mismo, Francisco Ayala y Ramón Sender. Una compensación quizá por la traición de Cela.

En otras ocasiones, se sirve Vived de las investigaciones ya realizadas por insignes senderianos. Por ejemplo, al contarnos la supuesta degradación militar de Sender por Líster durante la guerra civil, Mairal sigue básicamente las aportaciones de Donatella Pini, a la que resume. En otra parte del libro, nos cuenta con detalle los entresijos de un premio Nobel que no pudo ser, informado de primera mano por su principal promotor, Ángel Alcalá. O nos explica lo del falso Picasso que el propio Sender pintó, al ver que el malagueño universal no cumplía la palabra de darle el retrato que le había hecho a partir de una fotografía.

Nada pasa desapercibido en este libro, ni las obras mayores ni las menores, como *El guaje*, un relato militante sobre el asesinato de un chaval en Asturias a manos de los regulares, en 1934. Tampoco los miles de artículos periodísticos que escribió Sender se le despintan a Vived, quien nos cuenta la polémica Madariaga-Sender sobre la España castrense y la colonial o la polémica sobre el regreso de los exiliados, para la que Sender escribió “El puente imposible”, un artículo que negaba la posibilidad del retorno mientras viviera Franco.

Después de haber leído este libro, le queda claro a uno la difícil personalidad del escritor, tan complejo como su obra, tan tierno como alguno de sus personajes. Francotirador solitario, individualista sin corrillo, observador desde A.L.A. de la literatura universal. Artista del verbo y personalidad escindida, tendente como la España de su tiempo a la esquizofrénica dualidad. En los últimos tiempos necesitaba explicarse, y por eso ponía prefacios y prólogos a sus obras anteriores nuevamente reeditadas.

La abundancia documental del libro abruma casi con su presencia demoledora. Él nos permite entender el alcance de esa gran amistad entre Sender y su paisano Maurín, que puede rastrearse en el magnífico epistolario editado por Francisco Caudet. Vived señala también la importancia de recuperar otro importante epistolario, el de Sender con su editor barcelonés, José Vergés, de Destino, la casa editorial a la que debemos la segunda juventud del escritor entre el público español, tras casi cuatro décadas de ninguneo por la censura franquista. **Vergés ha sido un editor fundamental del siglo XX y acaba de editarse su correspondencia con otro grande de nuestras letras, Miguel Delibes.** Menciona Mairal a los que ayudaron al escritor, como Federico de Onís, desde Columbia University; como Hipólito Escolar, desde la dirección de la editorial Gredos. En algún momento, le sale movida la foto: un autor músico y eclesiástico habla de otro, pintor y anticlerical. La interpretación del *Réquiem por un campesino español* está cogida de puntillas, escorando la responsabilidad de una iglesia culpable y culpada por el escritor de Chalamera. Hay, sin embargo, una documentación exhaustiva sobre la vida americana de Sender, que resultó en muchos aspectos un exilio positivo para el escritor y su trabajo. Aun al precio de desconectarse de la realidad española.

Cuando volvió en los setenta, los jóvenes no entendieron demasiado bien su mensaje. Para entonces, Sender había cambiado. El activista de antaño era hogaño el defensor del *american way of life* y de la intervención en Vietnam, el crítico feroz del

comunismo y el movimiento *hyppie*, el conversador interminable sobre los ovnis, la Atlántida y sus misterios.

Baroja afirmó que teníamos entre los jóvenes de su tiempo un poeta, Lorca, y un novelista, Sender. Parodiando las palabras del solitario de Itxea, podríamos decir que hay, entre los documentalistas senderianos, una bibliógrafa, Espadas, un biógrafo, Vived, y un apologeta, Carrasquer, así como excelentes intérpretes de su obra obra periodística y novelesca (Mainer, Dueñas, Ressot, Fuentes...). No hay duda de que Sender ha tenido suerte con sus estudiosos.

Sender vuelve ahora de nuevo con todas sus contradicciones. Un regreso posible. Un puente necesario el que nos tiende este libro de Vived Mairal.